

Entre todos la mataron y ella sola se murió

Amigo lector y colega: He de confesarte, como primera providencia, que hoy debo haberme levantado «al revés», según el dicho corriente. Esto sentido, no te extrañará que yo, que, cuando a tí me dirijo, lo hago generalmente en forma de sustraerte a tus constantes y no leves preocupaciones (éste cuando menos ha sido siempre mi propósito, aunque no lo haya conseguido) venga hoy a neutralizar el beneficioso efecto sedante que ha de ejercer sobre tu traqueteado sistema nervioso la contemplación de ese incomparable certamen que, con sus fantásticos e indescritibles juegos de agua y luz y con la exhibición de los perfectos productos de nuestra potente industria y de los inestimables tesoros artísticos de nuestra querida patria, está demostrando al mundo entero la potencialidad material y espiritual de nuestra raza! Potente estímulo engendrador de nuevas energías! Pero observo que me estoy apartando completamente de mi tema y de mi estilo y recordando oportunamente el consejo de Maese Pedro «no te encumbres muchacho que toda afectación es peligrosa» vuelvo prudentemente a la única senda, para mí practicable, de decir las cosas llana y lisamente. Entrando pues en materia, como acostumbra a decirse en estos casos, voy a hacerte una segunda confesión: hace unos cuantos días que estoy pensando en irme preparando alojamiento en San Boy, en Carabanchel o en cualquier otra casa de orates. Me planteo el siguiente dilema: o están locos los más o lo estoy yo, y como la ley de las mayorías ha sido siempre por mi respetada, concluyo que el loco soy yo y por eso me busco decoroso alojamiento.

Señores, yo estudié la carrera de medicina, que aunque no tan sencilla como en la época de Hipócrates, lo era lo suficiente para que uno creyera que, dedicándole toda su buena voluntad y energías, conseguiría no hacer un papel muy desairado en las filas galénicas. De entonces ahora las cosas han cambiado radicalmente. Mientras unos complican extraordinariamente nuestra ciencia con sueros, vacunas, rayos X, radium, endocrinología, simpatología, reacciones biológicas y bioquímicas, etc., etc., otros la simplifican hasta el extremo de *curar el 95 % de las enfermedades mediante masajes y presiones en la columna vertebral* (quiropráctica). El diagnóstico, que entre nosotros requiere el minucioso y atento examen del enfermo, la recolección de todos los datos clínicos, su interpretación, no siempre fácil ni hacendera, y en muchos casos el concurso del laboratorio, es para otros *felices mortales* la cosa más sencilla del mundo; el examen del iris con una lupa (augendiagnose) o de la expresión de la cara, son más que suficientes para descubrir la más pequeña anomalía funcional, la más diminuta alteración anatómica del más ínfimo y recóndito de los órganos de nuestra economía. El que actualmente enferma, está enfermo, o se muere de viejo, es porque le da la real